

CONSUELO

Qué voz tan dulce,
suave y cálida,
la de esta mujer que me reclama
el pago del olvidado crédito.
Valió la pena no estar al corriente
de unas cuantas cuotas mensuales,
nunca unos impagos fueron exigidos
con palabras más amables y educadas.
Marketing de las finanzas modernas,
atención personalizada hacia el cliente
que me exige
—a las diez y media de la noche—
acabar de una vez con la morosidad
al tiempo que me recuerda
que no estoy solo
porque alguien siempre atento
velando está por mí.
La máquina implacable de la banca
procede a su tarea
y una voz anónima me salva
de la soledad y el abandono
por el precio
de unos intereses de demora.